



VIOLENCIA - 9

*Elisa Oroz**

Una experiencia en el retén de Catia

Habla una monja

El día Jueves Santo, en la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús de Petare, después de la Celebración de la Eucaristía dijeron:

«Mañana a las 8:00 a.m.; día Viernes Santo, va a ir un grupo al Retén de Catia para hacer un Viacrucis con los presos; los que quieran ir se ponen de acuerdo y van...»

Me puse a pensar... nunca he pisado una cárcel, me da miedo, ¿cómo será eso? meterse allí... Vivo en un barrio, y convivo, y soy confidente de muchos muchachos que llaman malandros, pero que sería bueno que esa gente que así los llama supiera por ellos mismos el por qué han llegado a esos extremos y qué les ofrece esta sociedad y este sistema para no ser como son. Pero meterse al retén me parece distinto... también pensé: a mis años, Dios me puede decir «estuve preso y no me viniste a ver», ¿qué cosa mejor puedo hacer un Viernes Santo? Me llené de valor y fui. A las 8:00 a.m. salía de la Parroquia, en el metro hasta Gato Negro. Allí esperamos al Capellán para poder entrar. Nunca pensé que iba a encontrarme con esa realidad.

Al principio iba mirando todo, la sala de máxima seguridad, fuimos al comedor a buscar el crucifijo, pasamos por la puerta de rejas de la enfermería, llegamos al patio. Pero bueno, ¿esto existe en Venezuela? ¿esto está en el centro de Caracas?, ¿esto está en un país petrolero que gasta millones en estos momentos en las carreteras para cuidar a los turistas?, ¿que tiene en Miami y en otros países a políticos que han sido responsables de todo el desastre y que viven como millonarios?... ¡No lo puedo creer, esto es increíble!

El patio: lleno de gusanos el piso, ¿dónde pisar?... todo lleno de basura, de orines y heces en papeles que tiran por las ventanas; el hedor es insoportable. Allí había algunos presos; yo les preguntaba: ¿pero no tienen baños?, ¿por qué lo echan

por las ventanas? La respuesta: «Sí hay baños; pero, como no tenemos agua, si lo dejamos allí, el olor no se aguanta y tenemos que estar todo el día con esa hediondez que se hace insoportable».

En la sala de máxima seguridad, por entre las rejas, todos ápelotonados sacaban las manos, todos querían hablar, «denos una estampita, un escapulario, nosotros somos cristianos»... Pero ¿cuántos están ustedes aquí?, ¿cómo es esto de grandel... «Asómese, aquí estamos 70, esto llega hasta allí». Pero ustedes no caben aquí, y ¿cómo hacen para dormir?... «dormimos a ratos, en el suelo, medio resteados unos de otros, nosotros somos los de alta peligrosidad». Todos parecen unos niños; si no supiera que tienen que tener 18 años creería que son menores. Todos los que vimos eran jóvenes; sólo un viejito vi en toda la mañana, y, por supuesto, todos de las clases populares. Los hijos de los ricos ¿no cometen crímenes?; ¿o para ellos hay otras cárceles mejores?; ¿hasta en pagar una pena existe discriminación?; ¿o esos no van a la cárcel?; ¿o sus papás tienen plata y...?

Me fui acercando a los que estaban en el patio... Les preguntaba: ¿cuánto tiempo llevan aquí? «Cinco años»... y ¿cuánto te falta? «No sé, porque a la mayoría de los que estamos aquí no nos han dictado sentencia y no sabemos ni cuánto tenemos que estar, ni por qué estamos... Mira, ¿Y tú tienes familia?, ¿te vienen a ver? «Yo soy de San Cristóbal, y mi familia es pobre, no tiene con qué pagarse el pasaje, nunca han venido...» Le pregunté a otro, ¿y tú?, «Yo era buhonero y trabajaba en la Plaza Venezuela; no se por qué estoy aquí; tuve un problema con un policía...» Y no terminaría de contar... Yo me preguntaba: ¿en Venezuela no existe Justicia?, ¿por qué no los sentencian si tienen delitos...?, estos muchachos, porque todos son unos muchachos ¿cómo saldrán de aquí?, ¿cuál será la rabia y el odio que acumularán en su corazón?... El maltrato, la mala comida, la suciedad, el deterioro de vida, el hacinamiento, esto es insoportable, estas dependencias son como para

animales. Y muchos, la mayoría de los animales, viven en mucho mejores condiciones.

Yo llegué a Venezuela en el año 1951; me nacionalicé en el año 1960; siempre he sido maestra; empecé dando clases en el Colegio San Ignacio de Chacao, tuve de alumnos a los hijos del Dr. Caldera, de Lorenzo Fernández; me enseñó Geografía e Historia de Venezuela el Dr. Reinaldo Leandro Mora y hasta tuve de alumno a Arturo Sosa; me sentía orgullosa de ser venezolana; amo entrañablemente a esta tierra y a su gente. Hoy vivo en un barrio, trabajo todavía en un colegio de Fe y Alegría y acompaño en su caminar a esta pobre gente de los barrios marginales de Caracas; pero esta mañana del Viernes Santo, en ese patio del retén de Catia, sentí la vergüenza más horrible. ¿Esta es la Venezuela que yo tanto amo? ¿Por esta Venezuela he trabajado más de 40 años y he gastado mi vida en la educación? ¿Y que la educación es capaz de transformar a un país? «Estaba preso y me viniste a visitar». ¿Cómo reconocer a Cristo en estas piltrafas humanas? Esto clama justicia. ¿A quién le corresponde transformar esta cárcel en algo más humano, en algo que regenere al ser humano, que cuando salgan de allá tengan un oficio, una preparación para el trabajo, que no los lleva a delinquir más bajo y peor: ¿al Ministro de Justicia? ¿al director de prisiones? ¿al Gobernador?, ¿al Alcalde?.

Señores responsables del sistema carcelario, tengan voluntad de cambiar. No se puede seguir pisoteando la dignidad de esos venezolanos que el Estado está en la obligación de salvaguardar, para reinsertarlos a la sociedad como hombres y mujeres de bien, útiles a la patria.



* Misionera de Cristo Jesús, Barrio Bolívar, Petare.